

SECESIÓN (1861-1865): LA GUERRA CIVIL AMERICANA EN LA OBRA POÉTICA DE WALT WHITMAN

Fernando CALVO GONZÁLEZ-REGUERAL¹

RESUMEN

Durante cuatro largos años -más si contamos el sometimiento de los últimos focos de resistencia-, Norteamérica se desangró en una cruel guerra civil entre los estados del Norte (la Unión) y los del Sur (confederados o CSA, por sus siglas en inglés). Una guerra que podría ser considerada como la primera guerra moderna al haberse empleado en ella los frutos de una Revolución Industrial todavía en marcha cuando comenzaron las hostilidades: el uso masivo del ferrocarril con fines militares, la aparición de buques de

¹ Fernando Calvo González-Regueral (Madrid, 1971) es licenciado en CC Económicas y Empresariales por la Universidad de Alcalá de Henares, escritor y Legionario de Honor por el 4º Tercio. Colabora habitualmente con la *Revista de Historia Militar* (IHCM) y otras publicaciones periódicas, además de ser ponente habitual en ciertos foros, como los Cursos de Verano de El Escorial (Universidad Complutense de Madrid). Entre sus obras publicadas destacan la novela *Queridísima Elena: Desde el frente de batalla* (Galland Books, Valladolid, 2009), *Atlas ilustrado de batallas de la Guerra Civil española* (Suseta, Madrid, 2011), *La Guerra Civil en la Ciudad Universitaria* (La Librería, Madrid, 2012, cuatro ediciones) o *Regulares de Alhucemas: Los laureados del Parque del Oeste* (Galland, 2016). En 2017 publicó en Almuzara *Guerra Civil española. Los libros que nos la contaron (La antorcha)*, y actualmente dirige para la misma firma la colección “La Guerra Civil contada por sus protagonistas”.

vapor o el empleo del telégrafo como medio de comunicación son buena prueba de ello.

Walter Whitman (West Hills, Long Island, 1819-Camden, Nueva York, 1892), autor de la gran epopeya norteamericana en verso *-Hojas de hierba-*, es considerado el padre de la moderna poesía anglosajona, además de haber ejercido gran influencia en otras literaturas, especialmente la iberoamericana (José Martí, Pessoa, León Felipe, Federico García Lorca o Pablo Neruda se confesaron deudores de su obra). Durante la Guerra de Secesión, Walt Whitman sirvió como enfermero y benefactor de los heridos que, desde los campos de batalla, aflúan en una dolorosa corriente continua a Washington entre 1861 y 1865, recogiendo sus impresiones en un bello libro titulado *Días cruciales en América* además de en el poemario *Redobles de tambor*.

De la Guerra Civil americana y su reflejo poético en la obra de Walt Whitman versará, precisamente, este ensayo.

PALABRAS CLAVE: Secesión, Guerra Civil americana, Walt Whitman, *Hojas de hierba*, Revolución Industrial; generales Ulysses S. Grant, William T. Sherman, Robert E. Lee, *Stonewall* Jackson; rendición incondicional, Misisipí, plan Anaconda, general Winfield Scott, presidente Abraham Lincoln; batallas de Gettysburg y Vicksburg, paz de Appomatox, reconciliación.

ABSTRACT

Since 1861 until 1865, America get involved in a hard civil war between North states (the Union) and South one's (CSA, Confederate States of America). A war that can be considered the first modern conflict in History, cause the outputs of the Industrial Revolution appeared for the first time in it: the railway, the steam boats or the telegraph are good examples of that.

Walt Whitman (West Hills, Long Island, 1819-Camden, New York, 1892), the author of the great North American Poem *-Leaves of Grass-*, can be considered as the father of modern poetry with a long-term influence in Universal Literature. He served as a nurse and benefactor in the rearguard of the Union Army, and wrote about his war experiences in a diary named *Specimen Days in America* and in the collection of poems titled as *Drum-Taps*.

On American Civil War and its reflect in Whitman's poetry will verse specifically this paper.

KEY WORDS: Secession, American Civil War, Walt Whitman, Leaves of Grass, Industrial Revolution; generals Ulysses S. Grant, William T. Sherman, Robert E. Lee Stonewall Jackson; Unconditional Surrender, Mississippi, Anaconda plan; Abraham Lincoln, battles of Gettysburg and Vicksburg, Appomattox.

* * * * *

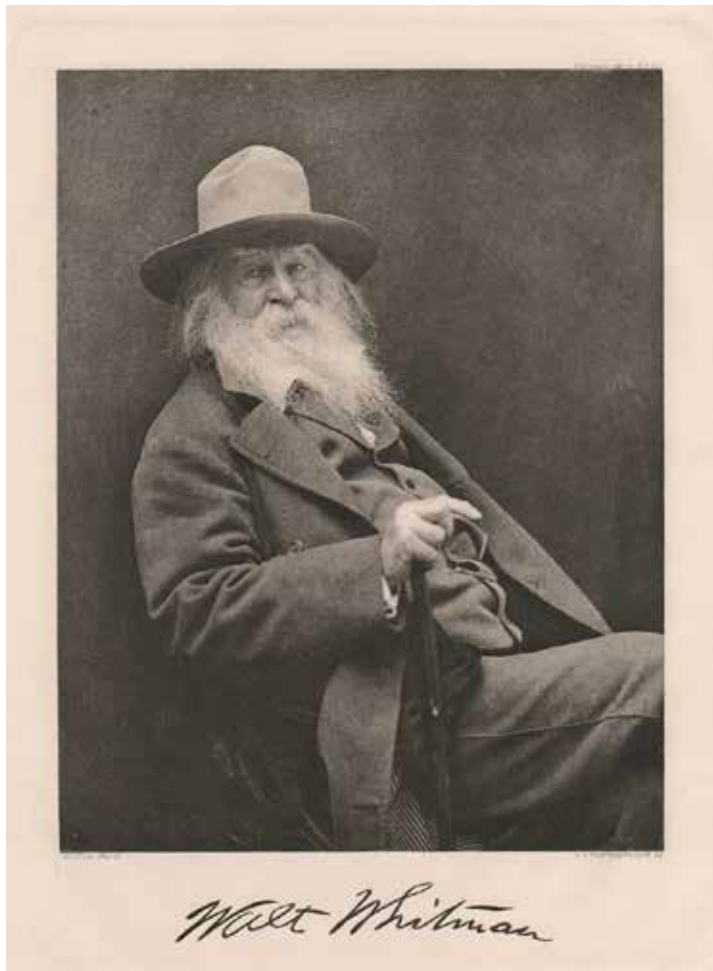


Fig. 01: Walt Whitman, el “buen poeta gris”, bardo de Norteamérica

LA GUERRA DE SECESIÓN: EL FRUTO BÉLICO DE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

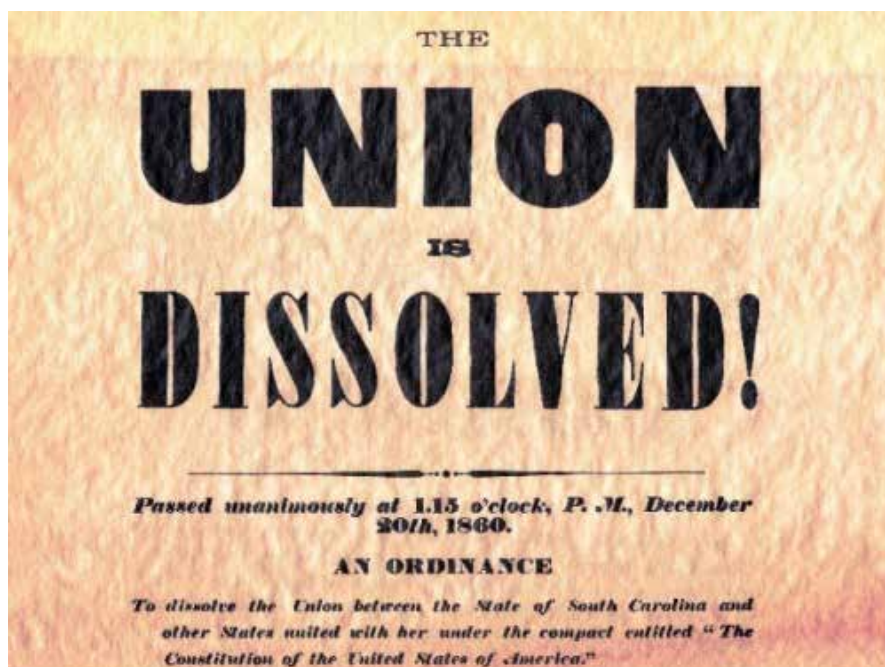


Fig. 02: Diciembre de 1860, *casus belli*: el estado de Carolina del Sur proclama su secesión y declara disuelta la Unión de los Estados Unidos de América²

Hablando en términos economicistas, podría afirmarse que la Guerra Civil americana o de Secesión (1861-1865) es la primera guerra moderna de la Historia por haber sido empleados en ella los frutos de una Revolución Industrial todavía en marcha al inicio de las hostilidades: el uso masivo con fines militares del ferrocarril, modernos -y acorazados- buques de vapor, la telegrafía como forma de comunicación y, por supuesto, unas nuevas armas dotadas de un poder destructivo no visto nunca antes, son buena prueba de ello.

² Este era el panorama que presentaban los EE.UU. en vísperas de las elecciones presidenciales de 1860: 18 estados no esclavistas (que eran: Maine, New Hampshire, Vermont, Massachusetts, Nueva York, New Jersey, Rhode Island, Connecticut, Pennsylvania, Michigan, Ohio, Indiana, Wisconsin, Illinois, California, Minnesota, Kansas y Oregón) enfrentados a 14 esclavistas, los siguientes: Maryland, Delaware, Virginia, West Virginia, Kentucky, Tennessee, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Mississippi, Alabama, Georgia, Florida, Luisiana y Tejas. El resto de estados eran fronterizos, dudosos o todavía por dominar.

En el plano de la gran estrategia -esa tierra de nadie donde confluyen los aspectos socio-económicos con los políticos y los meramente militares-, la Guerra de Secesión fue un conflicto asimétrico, por supuesto no en el sentido que actualmente se da a la palabra, sino en el sentido de que ambos contendientes venían obligados a dar enfoques contrapuestos a la conflagración: el Sur -economía agraria, librecambista, dotada de una mejor oficialidad pero de menores recursos humanos movilizables- necesitaba de una victoria decisiva a campo abierto que le franquease las puertas de su objetivo último: doblegar la capital contraria, Washington, a ser posible ocupándola lo antes posible (la influencia de Clausewitz en busca de ese encuentro crucial era, en este sentido, manifiesta en el alto mando rebelde). Por su parte, la Unión -economía industrial, proteccionista, capaz de movilizar muchos más recursos de todo tipo que su enemigo-, podía permitirse afrontar una guerra larga; de hecho, hasta que el plan Anaconda del viejo general Winfield Scott no fue puesto en práctica, los *yanquis* hubieron de sufrir dos años de angustia. Un plan consistente en establecer un bloqueo marítimo, fluvial y terrestre al espacio físico dominado por los estados de la Confederación, constriéndolos en un gigantesco cuadrilátero que asfixiara su economía, el formado al Oeste por el río Misisipí, al Norte por los propios estados de la Unión, al Este por el océano y al Sur por el golfo de México. Una vez atrapado su enemigo en esta trampa, un corte transversal -el brutal pero tácticamente ejemplar raid de Sherman- bastaría para “hincar de rodillas al Sur”³.

En el orden meramente táctico, si bien esta es una guerra en la que aún predominan las grandes formaciones, su orden empieza a ser disperso gracias a las mejoras técnicas en las armas portátiles que permiten la aparición de unidades ágiles de tipo guerrillero así como la creación de cuerpos montados capaces de penetrar profundamente en territorio enemigo sembrando el pánico, lo que ambos contendientes no tendrían reparo alguno en hacer. Porque una guerra civil de esta naturaleza es concebida por sus participantes como una guerra total, donde las retaguardias nunca más volverán a ser respetadas, siendo involucradas las poblaciones que sostienen a los ejércitos contrincantes de una forma global y elevándose como objetivo predilecto para quebrar su voluntad de lucha... Sentando con ello un siniestro precedente que alcanzaría su máximo histórico en los conflictos del siglo XX, sin duda el más sangriento de la historia de la Humanidad.

³ Los paralelismos con otra guerra civil que nos es mucho más cercana, la española de 1936, parecen evidentes: los republicanos tendrían que haber dado la guerra en el Sur de España, base de operaciones de su enemigo, y los nacionales, por el contrario, en el Norte, lo que realizarán en 1937 con un éxito rotundo que les permitirá al año siguiente partir en dos el territorio contrario y doblegar la voluntad de lucha de su adversario. Un férreo bloqueo marítimo de la costa republicana realizado por una Flota nacional en principio exigua pero de alto valor combativo ayudaría decisivamente a asfixiar la economía del gobierno del Frente Popular.

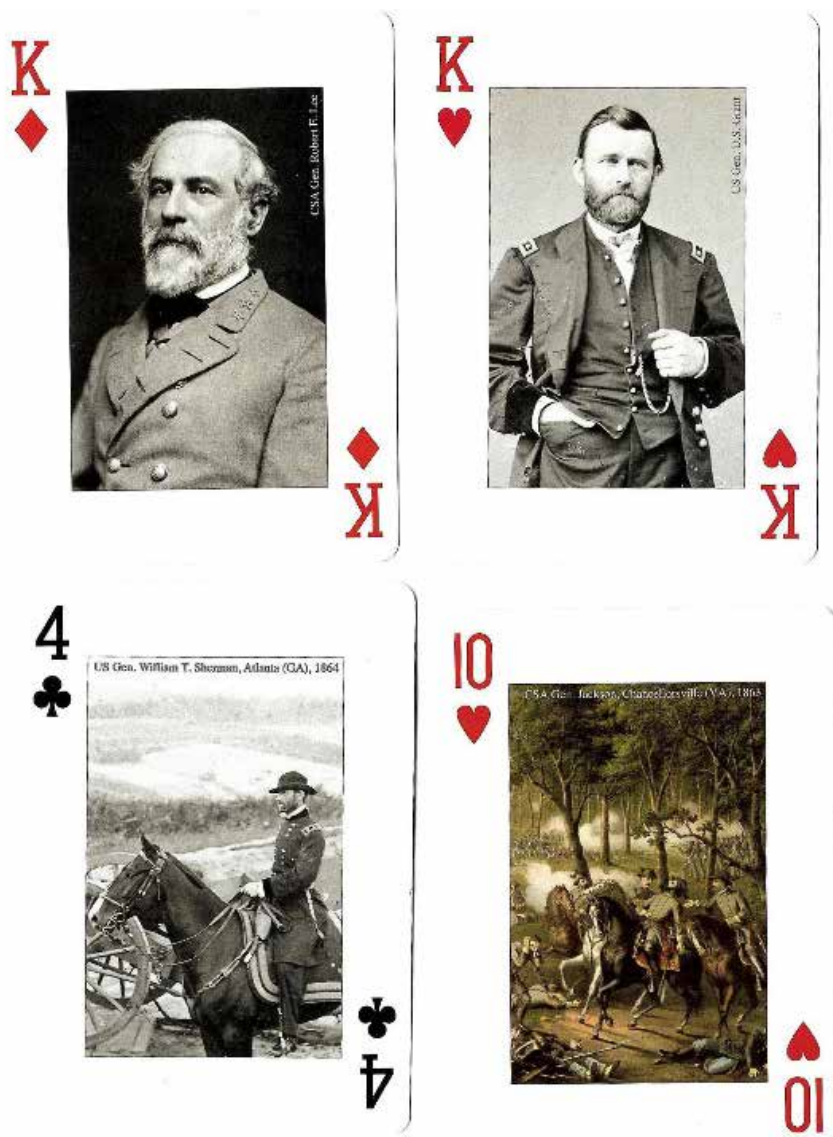


Fig. 03: Una buena baraja de generales. La Guerra Civil de 1861 sentó escuela en el Ejército norteamericano, con brillantes líderes -cada uno en su estilo- en ambos bandos: Robert E. Lee y U.S. Grant como comandantes en jefe (arriba) o William T. Sherman y Stonewall Jackson al mando de ejércitos en campaña (abajo: Sherman observando el incendio de Atlanta y Jackson herido mortalmente en la batalla de Chancellorsville.

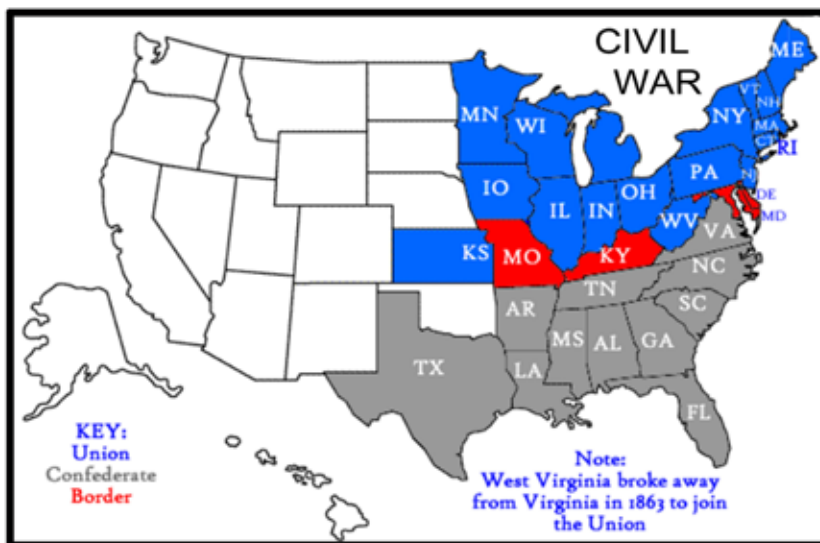
The American Civil War Playing Cards, by The Library of Congress, EE.UU.)

Se suele considerar la esclavitud como causa principal de esta larga guerra: si bien es cierto que el debate sobre su abolición fue uno de los motivos determinantes del estallido, la realidad socio-económica subyacente era mucho más compleja. Dos formas de entender la economía y, con ella, la política y la sociedad, al no poder ser conciliadas de forma armónica y pacífica, chocaban irremisiblemente por devenir en antitéticas: la del Sur era una economía agraria, que dependía del libre comercio para poder colocar sus excedentes en el exterior a cambio de importar productos manufacturados. Como toda economía rural de la época, el modelo era intensivo en mano de obra, necesitando emplear para su mantenimiento una institución que hoy nos parece abominable, la esclavitud, pero que entonces era considerada -al menos en ciertos lugares- como un recurso productivo ciertamente rentable. Por su parte, un Norte industrial era obligadamente proteccionista, gravando con onerosos aranceles las importaciones de cualquier producto extranjero y buscando, por el contrario, llegar a los mercados exteriores para colocar sus propios productos. Por otro lado, la mano de obra esclava manumitida podría alimentar la demanda de fuerza de trabajo para sus fábricas, con unos salarios de miseria que, en realidad, seguirían suponiendo un estado de semi-esclavitud para la población afroamericana y, también, inmigrante (Marx y Engels denominaron acertadamente a esa masa de población oficialmente liberada como “ejército industrial de la reserva”, meras cifras de parados intercambiables como mercancía en un capitalismo americano que terminaría definitivamente por consolidarse a finales del siglo XIX y primeros del XX⁴).

En lo político, los estados confederados abogaban por una interpretación abierta de la Constitución fundacional norteamericana, de suerte que el derecho de cada estado a decidir sobre sus propios destinos estaba por encima del derecho del gobierno federal a imponer una unidad de criterio legislativa. El Norte, por su parte, concebía los Estados Unidos de una forma cada vez más centralizada, aun a costa de los derechos de cada estado individual. En lo social, una sociedad demócrata, progresista, liberal chocaba frontalmente con otra, la sureña, de corte netamente aristocrático, puritana y muy conservadora. Tras unos años de tensión y de enconamiento social en que el conflicto no pudo ser resuelto por medios pacíficos, en abril de 1861 una fuerza confederada atacaba Fort Sumter, enclave del Ejército federal en Carolina, un territorio que ya había votado su secesión de la Unión de Esta-

⁴ MARX, Karl y ENGELS, Friedrich: *La Guerra Civil aux Etats-Unis (1861-1865)*. Union Générale D'Éditions, París, 1970. Sabido es que ambos pensadores prestaron mucha atención a la historia bélica, especialmente la relacionada con nuestra Guerra de la Independencia -la idea de un pueblo en armas les cautivaba- y con esta guerra civil americana que estudiamos aquí.

dos Unidos de América en diciembre de 1860, planteando un *casus belli* de difícil solución. Los cañonazos de Fort Sumter constituían, así, los primeros disparos de una guerra civil anunciada y, en general, deseada por ambas partes... pero de una duración y consecuencias inimaginables incluso para los espíritus más belicosos de ambos bloques confrontados.



http://www.civilwarinfo.com/american_civil_war.html

Fig. 04: División de Norteamérica, Guerra de Secesión, 1861-1865: en azul, estados de la Unión; en gris, confederados; en rojo, fronterizos y en disputa; en blanco, territorios por domeñar o consolidar en el futuro

Los dos primeros años de la contienda -lo que restaba del año 61, 1862 y la primera mitad del 63- fueron francamente favorables a la Confederación, cuyo Ejército de maniobra, mandado por el legendario general Robert E. Lee, realiza sucesivas campañas en el valle del Shenandoah buscando un encuentro a campo abierto con el Ejército *yanqui* que les permitiera hacer una entrada triunfal en Washington, destacando especialmente en ellas la figura de *Stonewall* Jackson, uno de los mejores generales de la guerra -para Patton, el mejor de la historia americana-, quien maniobrando hábilmente va batiendo en sucesivos encuentros a su contrario, si bien nunca de una forma decisiva. El presidente Abraham Lincoln duda y destituye varias veces a los comandantes en jefe de su Ejército, hasta que la realidad bélica se impone y el viejo plan de Winfield Scott, el denominado muy gráficamente como “Anaconda”, es rescatado de un cajón y puesto en marcha a partir de la segunda mitad de 1862 con la designación

de U. S. Grant⁵ como jefe del teatro de operaciones occidental: el control del Misisipí se alza definitivamente como factor vital en una guerra larga en la que la mejor carta del Norte es asfixiar mediante un bloqueo naval y terrestre de gran envergadura a su enemigo sureño⁶. Por otra parte, Lincoln encuentra en Grant al militar que andaba buscando, un jefe en quien confiar plenamente, reservándose para sí las decisiones políticas y dejando al general un amplio margen en la toma de decisiones estrictamente castrenses, en un modelo que Estados Unidos mantendrá en el futuro (presidente Wilson y general Pershing en la Primera Guerra Mundial; presidente Roosevelt y general Marshall en la Segunda; presidente Bush Sr. y general Colin Powell en la primera Guerra del Golfo, todos ellos directores de grandes generales “de campo”: Eisenhower, Patton, MacArthur, Schwarzkopf y un largo etcétera lo demuestran).

Julio de 1863 es el mes en que cambian definitivamente las tornas, entrando la guerra en un plano inclinado netamente favorable ya a los intereses de la Unión. Ese mes, Lee consigue al fin su encuentro decisivo... con un resultado negativo para su bando: es la batalla de Gettysburg, un encuentro fortuito entre las dos masas de maniobra contrarias que devendrá en un forcejeo de desgaste en que perderá más la Confederación -más hombres, más soldados, más moral de combate- que la Unión, que ya está desplegando en el campo de batalla y en la retaguardia todo su poderío industrial y de todo tipo (alrededor de 20.000 bajas tuvo el Ejército unionista del Potomac mandado por el general Meade frente a las casi 25.000 del Ejército confederado del Norte de Virginia). Pero también es el mes en que Grant obtiene la victoria decisiva de Vicksburg en el teatro de operaciones occidental, asegurando para el Norte definitivamente el curso del Misisipí: con el bloqueo del Sur consumado, solo quedaba lanzar un latigazo al corazón de su territorio para partirlo en dos⁷. Esta será la temible, contundente y militarmente ejemplar marcha al mar del general William T. Sherman, el equivalente nordista a *Stonewall* Jackson,

⁵ Es de notar que las iniciales del nombre de este general sirvieron a la propaganda unionista para resumir la filosofía bélica de su bando, ayudando a forjar una mentalidad que perduraría durante el siguiente siglo en el Ejército norteamericano: *U.S. = Ulysses Simpson Grant = Unites States = Uncle Sam = Unconditional Surrender*; Rendición Incondicional (tomado de la obra aun inédita *Historia del Arte Militar*, del general de Infantería DEM don Pedro Calvo Picó).

⁶ Como curiosidad, diremos que una de las figuras principales que tan brillantemente condujeron el bloqueo en su componente naval fue el almirante David Farragut, hijo de un oficial menorquín y quien forzara la crucial ciudad de Nueva Orleans, cerrando para su causa el curso bajo del río Misisipí, esa realidad imponente que condiciona tajantemente en lo geográfico, en lo histórico y en lo humano a los Estados Unidos de América.

⁷ Para una síntesis de ambas batallas, los clásicos de la editorial militar británica Osprey siguen siendo de gran utilidad; reseñamos las versiones españolas de los mismos: HANKINSON, Alan: *Grant limpia el Mississipi: Vicksburg, 1863*. Ediciones del Prado, Madrid, 1994; SMITH, Carl: *El Norte se impone al Sur: Gettysburg*. RBA, Barcelona, 2011.

quien realiza con un Ejército muy móvil y autosuficiente -sus hombres se alimentarán del terreno que van ocupando- una maniobra en la que irá arrasando literalmente el territorio enemigo y, lo que es más importante, su voluntad de continuar la lucha: unos 70.000 soldados imbuidos de una altísima moral de victoria que atraviesan los estados de Georgia y las Carolinas destruyendo cuanto encontraban a su paso: sembrados, vías de comunicación, ciudades... sin ninguna compasión por el enemigo, ya fuera civil o militar⁸.

Cuatro años después de iniciada la conflagración, en abril de 1865, el general Robert E. Lee se ve obligado a firmar ante Grant la rendición: es la llamada paz de Appomattox, en la que el Ejército principal del Sur resulta cautivo y desarmado (algunos núcleos de resistencia seguirán con la lucha durante un tiempo, si bien la quiebra de la Confederación es total y se puede considerar esa fecha como la de finalización de la guerra). Atrás quedaban más de 600.000 muertos de ambos ejércitos y de ambas retaguardias: alrededor de un 2% de la población conjunta al inicio de la guerra, un coste humano elevadísimo que nos habla de la crudeza con que fue combatida esta contienda. Tan solo unos días después, y al grito de *Sic semper tyrannis* –“Así siempre con los tiranos” (famosa frase latina atribuida a Bruto y lema del estado confederado de Virginia)-, un actor mediocre fanático de la causa del Sur de nombre John Wilkes Booth asesinaba en un teatro a quien había sabido liderar la Unión hasta una victoria que ya no viviría para gestionar: el presidente Abraham Lincoln. La literatura, que sublima la Historia para hacerla más tolerable, iba a reflejar todos estos dramáticos acontecimientos a través del único escritor norteamericano capaz de convertir en un moderno cantar de gesta la más terrible guerra sufrida por su país. Su nombre: Walter Whitman.

WALT WHITMAN, EL BARDO DE LA UNIÓN

Walter Whitman nació en West Hills, Long Island, en 1819 y de adolescente abandonó muy pronto familia y escuela para dedicarse a múltiples oficios y vagabundear⁹, plasmando su vida, y la vida norteamericana que

⁸ Uno de los mejores estudios de Sherman y su *raid* de gran envergadura sigue siendo el debido al clásico tratadista militar sir Basil Liddell Hart: *Sherman: Soldier, Realist, American*. Da Capo Press, Cambridge-Massachusetts, 1991, lamentablemente sin traducción castellana por el momento. Su reflejo en la literatura de ficción y en el cine, con el incendio de Atlanta como hito más importante, sigue siendo la inmortal obra de Margaret Mitchell, *Lo que el viento se llevó* y su versión cinematográfica de 1939. También *La gran marcha*, del novelista E.L. Doctorow.

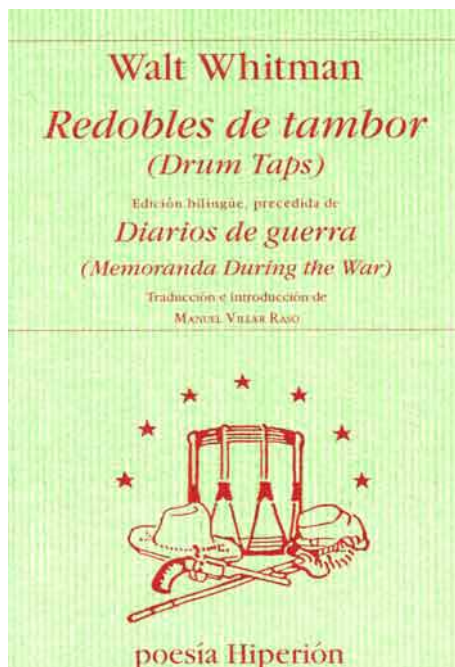
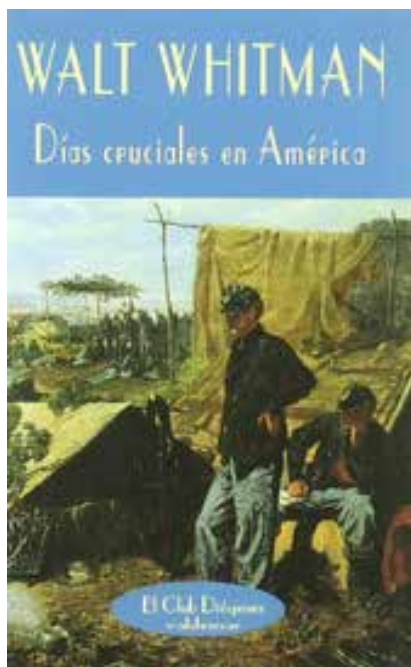
⁹ “Sí, era un haragán, pero qué magnífico haragán”, diría de él la esposa de Benton, editor del diario *Long Island Democrat*, en que Whitman trabajó como cajista (citado por Eduardo Moga en su excelente estudio introductorio a WHITMAN, Walt: *Hojas de hierba*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014.

veía crecer en torno, en su magna, única, viva y abierta obra titulada como *Leaves of Grass (Hojas de hierba)*, de la que luego hablaremos en detalle. De la calidad poética de este autor nos habla la siguiente cita de nuestro gran escritor argentino Jorge Luis Borges: “Durante un tiempo pensé en Whitman no sólo como un gran poeta, sino como *el* único poeta. De hecho, llegué a pensar que todos los poetas del mundo hasta 1855 se habían limitado a conducir hacia Whitman, y que no imitarlo era una demostración de ignorancia”¹⁰.

Cuando estalla la guerra civil en 1861, Whitman, un hombre ya maduro no movilizable para el frente, se dedica a labores benéficas en la retaguardia, consolando a heridos, redactando cartas para los soldados que no sabían escribir y emprendiendo campañas de proselitismo en aras de una Unión que él consideraba sagrada por ser portadora de la Democracia y la Libertad, las otras dos instituciones sagradas en el léxico whitmaniano. También les recitaba poemas –“A los soldados les encanta que les declamen poemas”, les donaba ciertas sumas de dinero o, sencillamente, jugaba con ellos a cartas para aliviar sus tormentos. Conviene, antes de pasar a estudiar el reflejo de la guerra en su poesía, detenernos someramente en una obra menor pero muy significativa de Whitman: el diario en que el escritor iba guardando sus impresiones de lo vivido durante los años de la conflagración fratricida, publicado en español bajo el acertado título de *Días cruciales en América*.

Seguir las páginas de este diario es seguir fielmente las vicisitudes de la contienda, desde el júbilo inicial con el que los voluntarios de Nueva York y otras capitales del Norte marcharon al frente hasta los días amargos de las batallas de Bull Run, Fredericksburg o Antietam, terminando en una final victoria dramáticamente empañada por la muerte del más firme valedor de la Unión, el presidente Abraham Lincoln, adorado por Walt Whitman como el hombre que supo encarnar todas las virtudes del bando que tan acertadamente lideró. “Fue, probablemente, la mejor lección que ha dado el siglo en América, y me siento privilegiado por haber vivido ese momento histórico (dos grandes espectáculos, pruebas inmortales de democracia sin parangón en toda la historia anterior de América, nos ha dejado la Guerra de Secesión, uno al principio y otro al final: el levantamiento del pueblo en armas y la pacífica y hasta armoniosa desbandada, un tanto melancólica, de los ejércitos rebeldes en el verano de 1865)”, leemos en las páginas del diario.

¹⁰ De la introducción de WHITMAN, Walt: *Hojas de hierba* (traducción de Eduardo Moga). Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014. Esta será la versión que empleemos como referencia a lo largo de todo este artículo por considerarla definitiva... todo lo definitivo que puede ser algo en esa materia en constante recreación que es la Literatura.



Figs. 05 y 06: Dos bellas portadas para sendas ediciones españolas del diario bélico de Walt Whitman: *Días cruciales en América*, por Valdemar, y *Diarios de guerra*, en Hiperión, casa que agrupó este libro con los poemas bélicos del autor intitulados *Drum Taps, Redobles de tambor*)

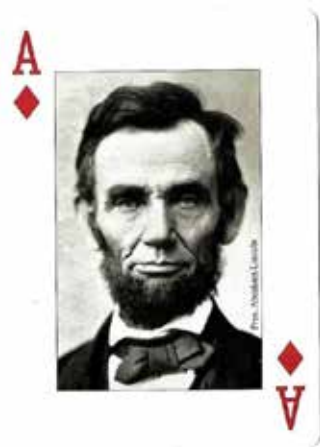
El entusiasmo de las movilizaciones iniciales en la retaguardia unionista se ve pronto defraudado con la llegada de heridos desde los campos de batalla, una primera línea que Whitman quiso visitar en persona, solo para encontrar un espectáculo dantesco: muertos por doquier, ruina en pueblos y sembrados, cientos de soldados moribundos que no podían ser atendidos hasta tres, cuatro, cinco días después de haber resultado heridos. Whitman, que en todo momento muestra un infinito amor por los soldados de su bando y un respeto reverencial por los del bando contrario -llamados “secesh” o “Johnny Rebs” despectivamente por los unionistas, a su vez llamados por aquellos *yankees*-, supo cantar el heroísmo de una juventud generosa en el sacrificio: “El soldado más valiente es siempre el soldado desconocido... Sin nombre. Desconocidos. Así son los soldados más valientes, esos a los que más agradecidos deberíamos estar... quienes deberían ser nuestros hombres predilectos”¹¹.

¹¹ *Días cruciales en América*, pp. 106-107, Valdemar, Madrid, 2001, cuidada edición que es la que seguimos en esta parte del ensayo.

Este es el tono de la obra de Walt Whitman, a mitad de camino del ensayo de honda espiritualidad y la crónica casi periodística de descarnado realismo, que se va suavizando a medida que la guerra va avanzando con signo favorable para su bando. Y que estalla en júbilo al finalizar la guerra:

Cuando los ejércitos de Sherman (un tiempo después de que tomaran Atlanta) marchaban en triunfo por Carolina del Norte y por Carolina del Sur, luego de conquistar Savannah, recibieron la feliz nueva de la rendición de Lee. A partir de ese momento, milla tras milla recorrida, no dejaban nuestros soldados de lanzar vivas y otros gritos de júbilo y triunfo; eran una auténtica sinfonía musical, aquellos gritos, tan agrestes como inocentes y felices. Empezaban a proclamarse en cualquier escuadra, en un pelotón, en una brigada, para de inmediato proseguir en otro batallón, en otro cuerpo de ejército... hasta conformar auténticos orfeones. Aquellos gritos llenaban de alivio a nuestros hombres, después de tanto tiempo de angustia, y les procuraban una salida desopilante, una esperanza nueva en su país, tras la victoria... Era la alegría de la paz...

Fig. 07: La Unión contaba con un as en la baraja, un naípe en cierto modo inesperado por todos: Abraham Lincoln, que supo animar a la retaguardia, motivar -y dejar hacer- a sus generales y encarnar los valores supremos de un bando que sintió la guerra como una cruzada por la Democracia y la Libertad (*The American Civil War Playing Cards*, by The Library of Congress, EE.UU.)



Hasta que el grito queda congelado en las gargantas de los soldados vencedores al recibir la noticia del asesinato del presidente Abraham Lincoln. Para la Historia dejaba este hombre una guerra ganada, un territorio unido y una declaración inmortal que los niños norteamericanos siguen aprendiendo de memoria en el colegio: sus palabras tras la batalla de Gettysburg, cuya belleza nos impelen a transcribirla íntegramente en su idioma original junto a su traducción en castellano (este texto, conocido sin duda por Whitman, ejercería gran influencia en la parte central de *Hojas de hierba*, que estudiaremos en el siguiente apartado).

THE GETTYSBURG ADDRESS

Four score and seven years ago our fathers brought forth on this continent, a new nation, conceived in Liberty, and dedicated to the proposition that all men are created equal.

Now we are engaged in a great civil war, testing whether that nation, or any nation so conceived and so dedicated, can long endure. We are met on a great battle-field of that war. We have come to dedicate a portion of that field, as a final resting place for those who here gave their lives that that nation might live. It is altogether fitting and proper that we should do this.

But, in a larger sense, we can not dedicate -- we can not consecrate -- we can not hallow -- this ground. The brave men, living and dead, who struggled here, have consecrated it, far above our poor power to add or detract. The world will little note, nor long remember what we say here, but it can never forget what they did here. It is for us the living, rather, to be dedicated here to the unfinished work which they who fought here have thus far so nobly advanced. It is rather for us to be here dedicated to the great task remaining before us -- that from these honored dead we take increased devotion to that cause for which they gave the last full measure of devotion -- that we here highly resolve that these dead shall not have died in vain -- that this nation, under God, shall have a new birth of freedom -- and that government of the people, by the people, for the people, shall not perish from the earth.

Abraham Lincoln, November 19, 1863.

DISCURSO DE GETTYSBURG

Hace ocho décadas y siete años, nuestros padres hicieron nacer en este continente una nueva nación; concebida en libertad y consagrada al principio de que todos los hombres son creados iguales.

Ahora estamos empeñados en una gran guerra civil que pone a prueba si esa nación, o cualquier nación así concebida y así consagrada, puede perdurar en el tiempo. Estamos reunidos en un gran campo de batalla de esa guerra. Hemos venido a dedicar una porción de ese campo como lugar de descanso final de los que aquí dieron sus vidas para que esa nación pudiera vivir. Es absolutamente correcto y apropiado que hagamos tal cosa.

Pero en un sentido más amplio, no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar este suelo. Los hombres valientes, vivos y

muertos, que lucharon aquí ya lo han consagrado muy por encima de lo que nuestras pobres facultades puedan añadir o restar. El mundo apenas advertirá, y no recordará por mucho tiempo lo que aquí digamos; pero nunca podrá olvidar lo que ellos hicieron aquí. Nos corresponde antes bien a nosotros, los vivos, consagrarnos a la inconclusa empresa que los que aquí lucharon hicieron avanzar tanto y tan noblemente. Somos más bien nosotros los que debemos consagrarnos aquí a la gran tarea que aún nos queda por delante: que de estos muertos a los que honramos tomemos una devoción incrementada a la causa por la que ellos dieron la última medida colmada de celo. Que resolvamos aquí firmemente que estos muertos no habrán dado su vida en vano. Que esta nación, bajo Dios, renazca en libertad. Y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, jamás perezca sobre la Tierra.

Abraham Lincoln, 19 de Noviembre de 1863.

En cualquier caso, si recordamos a ese bardo del Norte que fue Walt Whitman no es por su diario de campaña o por su obra en prosa, sino definitivamente por el poemario en el que fue trabajando toda su vida y por el que siempre será inmortal en los campos de la Poesía: *Hojas de hierba*. Va llegando el momento de rastrear la huella de la contienda en los versos de esta monumental, sinigual, singularísima obra.

"HOJAS DE HIERBA", LA GRAN EPOPEYA AMERICANA

Hojas de hierba es la gran epopeya americana y una de las grandes epopeyas de la literatura universal: con una voz tan vigorosa como sutil, canta el nacimiento de los Estados Unidos y su desarrollo como nación. Sus poemas recogen la bullente diversidad del país, sus heterogéneos pobladores y sus paisajes inabarcables, y su carácter indómito, irreverente, exento de artificios. Es una épica democrática, que arrumba los viejos principios de las sociedades europeas y las igualmente viejas estéticas que los ensalzaban, y proclama las esperanzas y necesidades del Nuevo Mundo, donde ricos y pobres, hombres y mujeres, blancos y negros, están llamados a ser libres e iguales, y los afectos imperan sobre los intereses. Pero *Hojas de hierba* es también el retrato de una persona, Walt Whitman, que vierte sus pasiones singulares y sus anhelos más íntimos en sus páginas: "Esto no es un libro: / quien lo toca, toca a un hombre" (texto introductorio a la versión de *Hojas de hierba* preparada por Eduardo Moga para Galaxia Gutenberg en 2014).

Hojas de hierba es, sin duda, una obra de vida: el poeta Walt Whitman no escribió sino versiones sucesivas de ella desde su primera publicación en 1855

hasta la última, denominada como “edición del lecho de muerte” (*deathbed edition*), en 1892¹². En ellas, el escritor fue corrigiendo, depurando, ampliando una y otra vez el texto hasta lograr lo que quería: una historia total de América desde su nacimiento como nación hasta los días cruciales de la guerra civil empleando un verso libre, por no decir libérrimo (Borges decía que el autor norteamericano había sido, en rigor, el creador del verso libre, pues el canto de un pueblo nuevo que irrumpía en la Historia con tal fuerza necesitaba de un nuevo estilo, una nueva voz). Whitman bebe de todas las fuentes, mejor dicho, se alimenta de todo tipo de experiencias y libros, desde la *Iliada* a la Biblia, desde la tradición cuáquera a las leyendas de los pueblos indígenas: no en vano, las numerosas enumeraciones repetitivas, cansinas por momentos, alegóricas siempre, que inundan *Hojas de hierba* buscan remedar las profecías de los testamentos, las letanías de los libros religiosos. Lo que nos indica la clara voluntad del autor de anunciar algo así como una Buena Nueva americana, de convertirse él mismo en profeta antes que poeta. Todo ello con un protagonista coral: el mismo autor, los esclavos negros, los presidentes, los soldados, los trabajadores de un país en plena construcción de su identidad y en continua expansión hacia un Oeste que, en muchos casos, era más una utopía o motor de todo un pueblo que una mera conquista de territorios. Más un último pero no menos importante protagonista: el propio lector, que constantemente se ve interpelado por el escritor en un recurso estilístico que lo que pretende es, precisamente, abrazarlo y envolverlo en la epopeya, lo que consigue plenamente pues la lectura de sus versos es sugerente, magnética, atractiva hasta el punto de querer devorar la obra como si de una novela de suspense se tratara, de leerla de un agotador pero provechoso tirón.

En cualquier caso, y como señala acertadamente el ensayista Harold Bloom, nada volvería a ser igual en la Literatura desde la aparición de estas caudalosas páginas, de este como Misisipí literario firmado por el “buen poeta gris”: “Toda voz que en nuestra literatura contemporánea se alza en soledad, herida o estoica, tiende a asumir tonalidades whitmanianas”¹³.

¹² La primera edición tenía doce poemas sin título precedidos de un prefacio, apenas 95 páginas y una tirada modesta de 795 ejemplares, en cuya cubierta ni siquiera figuraba el nombre del autor. La de 1891, que él mismo daría como definitiva, recogía los poemas de 33 años de publicaciones varias, con casi 400 poemas y miles de versos agrupados en único tomo de centenares de páginas.

¹³ Señala el citado Eduardo Moga en su estudio de *Hojas de hierba* que no todo fueron parabienes en vida de Whitman hacia su obra: sus pasajes eróticos, sus aparentes irreverencias, su libertad soberana en el fondo y la forma fueron severamente criticados como inmorales por muchas voces de la época... que se irían apagando a medida que el tiempo fue cubriendo los versos del poeta con la pátina de inmortalidad de que gozan hoy día. La influencia del bardo de Nueva York sigue siendo palpable en Estados Unidos, no sólo en la Literatura, sino en otras formas artísticas: el cantante Bob Dylan, por ejemplo, siempre lo ha considerado como fuente de inspiración constante en su música; de hecho, cuando Dylan fue galardonado con el Nobel de Literatura el premio fue celebrado por muchos como un reconocimiento póstumo a Whitman.



Figs. 08 a 11: Arriba a la izquierda, primera edición americana de *Leaves of Grass*, Nueva York, 1855, con un retrato del autor contemporáneo de la fecha de publicación. A su derecha, primera edición española de la obra, la versión en catalán a cargo del mallorquín Cebrià Montoliu (*Fulles d'Herba*, 1909). Abajo a la izquierda, la clásica versión vertida al castellano por Jorge Luis Borges, que dedicó más de cuarenta años al empeño. A la derecha, edición definitiva en castellano de *Hojas de hierba* en cuidadosísimo trabajo de Eduardo Moga para Galaxia Gutenberg, 2014.

Así, entendiendo *Hojas de hierba* como un conjunto orgánico de composiciones varias resultado de una serie de poemarios encadenados, los dos en que Whitman traslada a la poesía sus experiencias bélicas y su visión de la contienda serían, sin duda “Drum-Taps” (“Redobles de tambor”) y “Memories of President Lincoln” (“Recuerdos del presidente Lincoln”), que aparecen justo en el centro de la epopeya, tanto por haber sido central la experiencia en su biografía como por un regusto estético en que el autor quiere remarcar la importancia de la guerra en el cantar global que está realizando. En ellos, el poeta hace un repaso de la contienda desde las primeras movilizaciones en 1861 hasta la muerte de quien dirigiera a la Unión durante su desarrollo, con unos de los versos más hermosos, más celebrados del autor que nos ocupa (“¡Oh, Capitán, mi Capitán!”, que trascribiremos íntegramente más adelante)¹⁴.

En “Redobles de tambor”, los primeros poemas son una exaltación de la nación puesta en armas, de su ciudad natal, Nueva York, movilizándose en 1861 para afrontar una guerra considerada justa en aras de la Libertad y la Democracia, dos palabras clave como ya hemos señalado en toda la obra de Whitman. Así reflejó el estallido de entusiasmo popular en el Norte en el poema titulado “First O Songs for a Prelude” (“Primero, oh, unos cantos como prelude”):

Y entonces, de las casas y los talleres, de todos los portales,
saltaron las miríadas, tumultuosas, y, ¡mirad!, Manhattan en armas.
Obedientes a los redobles de tambor,
los jóvenes forman y se arman,
los artesanos se arman (la paleta, la garlopa, el martillo del herrero,
todos abandonados con precipitación),
el abogado deja el bufete y se arma, el juez deja el juzgado,

¹⁴ Citamos a continuación los títulos de los poemarios –en realidad, partes– de *Hojas de hierba* (los numeramos a efectos de una mayor claridad, aunque en el original no lo están):

1-“Dedicatorias” (Inscriptions), 2-“Hijos de Adán” (Children of Adam), 3-“Cálamo” (Calamus), 4-“Aves de paso” (Birds of Passage), 5-“Los restos del naufragio” (Sea-Drift), 6-“Al borde del camino” (By the Roadside), 7-“Redobles de tambor” (Drum-Taps), 8-“Recuerdos del presidente Lincoln” (Memoires of President Lincoln), 9-“Riachuelos de otoño” (Autumn Rivulets), 10-“Susurros de la muerte celestial” (Whispers of Heavenly Death), 11-“Del mediodía a la noche estrellada” (From Noon to Starry Night), 12-“Cantos de despedida” (Songs of Parting), 13-“Primer anexo: Horas de un septuagenario” (First Annex: Sands at Seventy) y 14-“Segundo anexo: Adiós, fantasía” (Second Annex: Good-Bye my Fancy). Es en el primero, “Dedicatorias”, en que aparece el famoso y provocador poema “Canto de mí mismo”: *Yo me celebro y me canto, / y cuanto hago mío será tuyo también, / porque no hay átomo en mí que no te pertenezca. En él aparece, además, la clave que da título a su inmortal obra: Un niño me preguntó: ¿Qué es la hierba?, trayéndomela a manos llenas. / ¿Cómo podría contestar al niño? Yo no sé más de lo que sabía él.*

el cochero abandona el carro en la calle; salta y deja abruptamente las
 riendas en el lomo de los caballos,
 el dependiente deja la tienda, el jefe, el contable, el portero: todos se
 marchan.
 Se forman escuadrones por todas partes, de común acuerdo, y se arman.
 A los reclutas jóvenes, niños incluso, los mayores les enseñan a llevar el
 equipo, y les ajustan cuidadosamente los correajes.
 Se arman fuera, se arman dentro, relumbran los cañones de los mosquetes,
 las tiendas blancas se apiñan en campamentos, alrededor de los cuales
 montan guardia centinelas armados; el cañón del amanecer
 y de nuevo al anochecer.
 Llegan regimientos armados todos los días, cruzan la ciudad y embar-
 can en los muelles
 (¡Qué gallardo aspecto a su paso hacia el río, sudorosos, con los fusiles
 al hombro!
 ¡Cuánto me gustan! Son morenos de cara, y llevan la ropa y las mochila-
 das cubiertas de polvo: podría abrazarlos.)
 Hierve la sangre de la ciudad: ¡a las armas! ¡a las armas!, se oye por
 todas partes,
 las banderas ondean en las agujas de las iglesias y en todos los edificios
 públicos, en todos los comercios,
 la despedida entre lágrimas, la madre besa al hijo, el hijo besa a la
 madre
 (la madre no quiere que se vaya, pero no dice nada para retenerlo)
 [...]
 ¡Qué entusiasmo tan grande levantan siempre los regimientos de caba-
 llería cuando desfilan!
 Los cañones, mudos, que brillan como el oro, y que, arrastrados por el
 empedrado, ruedan con un ruido sordo
 (cañones mudos, pronto romperéis vuestro silencio,
 pronto, desenganchados de vuestros arzones, iniciaréis una sangrienta
 labor).
 Y todo el fragor de los preparativos, toda la determinación de armarse:
 el servicio hospitalario, las hilas, vendas y medicamentos,
 las mujeres que se ofrecen voluntarias como enfermeras, el trabajo que
 ha empezado en serio: ya no es un mero desfile.
 ¡Guerra! ¡Avanza una raza en armas! La batalla es bienvenida: ya no
 hay marcha atrás.
 ¡Guerra! Ya dure semanas, meses o años, una raza en armas avanza para
 darle la bienvenida.

Después, fiel reflejo de su vivencia personal, continúan unos versos en que el poeta da cuenta del drama de la guerra, más allá del entusiasmo inicial, y nos habla de los heridos que van llegando a la retaguardia hablando de batallas monstruosas, de derrotas, de la presencia del enemigo a las puertas del mismísimo Washington. Las madres lloran, como en todas las guerras desde la noche de los tiempos, a sus hijos: *But the mother needs to be better, / She with thin form presently drest in black, / By day her meals untouch'd, the at night fitfully sleeping, often waking. / In the midnight waking, weeping, longing with one deep longing, / O that she might withdraw unnoticed, silent from life escape and withdraw, / To follow, to seek, to be with her dead son* (“Pero la madre necesita estar mejor. / Enflaquecida, guarda luto. / De día no toca la comida, y de noche duerme con sobresalto; se despierta a menudo. / Se despierta llorando a medianoche, presa de un hondo anhelo: / oh, si pudiera retirarse sin ser notada, dejar la vida en silencio, / para seguir, para buscar, para acompañar a su querido hijo muerto”).

Hasta que, en la parte central del poemario, Whitman, en un claro homenaje a uno de los mejores generales de la guerra, William Tecumesh Sherman, introduce cuatro maravillosos poemas de un ejército ahito de victoria en movimiento; son los titulados “La caballería cruzando un vado”, “Vivac en la ladera de una montaña”, “Un cuerpo de ejército en marcha” y “Junto a la llama temblorosa del vivac”. Sólo quien ha convivido al raso con los soldados en un campamento militar puede describir la experiencia de una fuerza armada en marcha al amparo de la luz de la luna como lo hace Walt Whitman. He aquí el primero de ellos en la traducción de Eduardo Moga:

La caballería cruzando un vado (*Cavalry Crossing a Ford*)

Serpentea el escuadrón, en orden de batalla, entre islotes verdes.

Avanza, sinuoso, y las armas refulgen al sol: oíd como resuenan los metales;

observad el río de plata: los caballos chapotean y se paran a beber, remolones;

observad a los jinetes de tez curtida, que descansan, con indolencia, en las sillas: cada grupo, cada individuo, es un cuadro.

Algunos aparecen ya en la orilla opuesta; otros acaban de entrar en el vado. Entretanto,

escarlatas, azules y blancos como la nieve, los guiones ondean alegremente al viento.

Y a continuación el titulado como “Vivac en la ladera de la montaña”:

Veo ahora ante mí a un ejército en marcha que hace un alto.

Abajo se extiende un fértil valle, con graneros y la huerta del verano.

Detrás, las laderas aterrazadas de una montaña, abruptas, con
eminencias
y quebraduras, rocosas, a las que se aferran unos cedros cuyas
copas apenas se distinguen.
Aquí y allá -algunas muy lejos, en la montaña-, una constelación
de fogatas,
y las sombras de las siluetas de los hombres y caballos, que aparecen,
agrandadas, trémulas,
y el cielo todo -¡el cielo!-, remoto, inalcanzable, tachonado de
estrellas eternas, que rompen a brillar.

Después, el poemario se torna más lírico que épico, más subjetivo, hasta llegar a unos versos centrales donde el autor despliega sabiamente su dominio técnico de ese verso libre que él mismo ha inventado para su cantar, dotándole de un ritmo que casi no necesita rima para que -al leerlo en voz alta- el lector pueda apreciar una musicalidad embriagadora, al tiempo que nos deja entrever sus sentimientos, la emoción de un Whitman conmocionado por la tumba que albergará, para siempre, a dos caídos: padre e hijo, da igual el bando en que militaran. Por su belleza, lo transcribimos en el original inglés seguido de su correspondiente traducción a nuestra lengua:

Dirge for Two Veterans

The last sunbeam

*Lightly falls from the finish'd Sabbath,
On the pavement here, and there beyond it is looking,
Down a new-made double grave.*

Lo, the moon ascending,

*Up from the eats the silvery round moon,
Beautiful over the house-tops, ghastly, phantom moon,
Immense and silent moon.*

I see a sad procession,

*And I hear the sound of coming full-key'd bugles,
All the channels of the city streets they're flooding,
As with voices and with tears.*

I hear the great drums pounding,

*And the small drums steady whirring,
And every blow of the great convulsive drums,
Strikes me through and through.*

*For the son is brought with the father,
(In the foremost ranks of the fierce assault they fell,
Two veterans son and father dropt together,
And the double grave awaits them.)*

*Now nearer blow the bugles,
And the drums strike more convulsive,
And the daylight o'er the pavement quite has faded,
And the strong dead-march enwraps me.*

*In the eastern sky up-buoying,
The sorrowful vast phantom moves illumin'd,
('Tis some mother's large transparent face,
In heaven brighter growing.)*

*O strong dead-march you please me!
O moon immense with your silvery face you soothe me!
O my soldiers twain! O my veterans passing to burial!
What I have I also give you.*

*The moon gives you light,
And the bugles and the drums give you music,
And my heart, O my soldiers, my veterans,
My heart gives you love.*

Elegía para dos veteranos

Cae suavemente
el último rayo de sol del Sábat que termina,
aquí, en la calle, y más allá mira
a una tumba doble, recién hecha.

Mira cómo sube la luna,
la luna redonda, de plata, por el este,
Qué hermosa la luna cadavérica, espectral, en los tejados,
la luna inmensa y silenciosa.

Veo una triste procesión,
y oigo el sonido de los clarines que se acercan
e inundan los canales que son las calles de la ciudad
como si fueran voces y lágrimas.

Oigo el retumbar de los tambores
y el redoble, sin pausa, de los tamborcillos,

y cada golpe, cada convulsión de los parches,
me atraviesa de parte a parte.

Traen al hijo y al padre
(ambos cayeron a la cabeza del encarnizado asalto:
dos veteranos, el padre y el hijo, cayeron juntos,
y la tumba doble les espera).

Ya se acercan los clarines,
y los tambores redoblan más convulsos,
y ya casi no queda luz en las calles;
la marcha fúnebre me envuelve.

En el cielo, al este, flota
y se mueve, luminoso, un vasto y doliente fantasma
(es el gran rostro transparente de una madre,
que brilla cada vez más en el cielo).

¡Oh, poderosa marcha fúnebre, me gustas!
¡Oh, luna inmensa, me consuela tu semblante de plata!
¡Oh, mis soldados! ¡Oh, veteranos que vais a ser enterrados!
Lo que tengo también os doy.

La luna os da luz,
y los clarines y tambores os dan música,
y mi corazón, oh, soldados míos, veteranos,
mi corazón os da amor.

Tras estos “Redobles de tambor”, Walt Whitman, devoto de la figura de Lincoln y conmocionado por su asesinato apenas unos días después de acabada la guerra que gracias a él se había ganado, se ve obligado a insertar un poemario entero dedicado al mandatario caído: “Recuerdos del presidente Lincoln”. Un poema fúnebre, famoso por la película *El club de los poetas muertos* -todo lector de mi época recordará a un soberbio Robin Williams declamándolo al final de la misma-, se adueña de la obra entera, elevándose como elegía central de la obra whitmaniana¹⁵ y quedando como modelo de oración a cualquier jefe, a cualquier líder que en cualquier tiempo o lugar haya sabido dirigir a su pueblo hacia la vitoria, cayendo en el empeño. Es *O Captain! My Captain!*, “¡Oh, Capitán, mi Capitán!”:

¹⁵ A pesar de no ser, ni de lejos, el favorito del autor: “Casi lamento haberlo escrito”, nos informa Enrique Moga en su estudio de *Hojas de hierba* publicado por Galaxia Gutenberg, p. 1531.

O Captain! My Captain!

O Captain! my Captain! our fearful trip is done,
The ship has weather'd every rack, the prize we
sought is won,

The port is near, the bells I hear, the people all
exulting,

While follow eyes the steady keel, the vessel
grim and daring;

But O heart! heart! heart!

O the bleeding drops of red,

Where on the deck my Captain lies,

Fallen cold and dead.

O Captain! my Captain! rise up and hear the
bells;

Rise up-for you the flag is flung-for you the
bugle trills,

For you bouquets and ribbon'd wreaths-for you
the shores a-crowding,

For you they call, the swaying mass, their eager
faces turning;

Here Captain! dear father!

This arm beneath your head!

It is some dream that on the deck.

You've fallen cold and dead.

My Captain does not answer, his lips are pale
and still,

My father does not feel my arm, he has no pulse
nor Will,

The ship is anchor'd safe and sound, its voyage
closed and done,

From fearful trip the victor ship comes in with
object won;

Exult O shores, and ring O bells!

But I with mournful tread,

Walk the deck my Captain lies,

Fallen cold and dead.

¡Oh, Capitán, mi Capitán!

¡Oh, Capitán, mi Capitán! Ha terminado el
proceloso viaje.

El barco ha salvado todos los escollos, y hemos
ganado el premio que perseguíamos.

El puerto está cerca, ya oigo las campanas, la
gente proclama su júbilo.

A la firme quilla siguen los ojos, al navío
porfiado y audaz.

Pero, ¡oh, corazón, corazón, corazón!

Oh, rojas gotas de sangre

donde, en cubierta, yace mi Capitán,

frío y muerto.

¡Oh, Capitán, mi Capitán! Levántate y escucha
las campanas.

Levántate: por ti ondea la bandera; por ti suena
el clarín;

por ti, los ramilletes y las guirnaldas
engalanadas; por ti, el gentío que se agolpa en la
orilla;

a ti te llama la marca humana; a ti vuelven sus
rostros anhelantes.

¡Aquí, Capitán, padre querido!

¡Que tu cabeza descansa en mi brazo!

Ha de ser un sueño que en la cubierta

hayas caído, frío y muerto.

Mi capitán no responde; sus labios, lívidos e
inmóviles.

Mi padre no siente mi brazo: no tiene pulso ni
voluntad.

El barco ha anclado, sano y salvo: su travesía ha
concluido.

Del proceloso viaje el barco arriba, victorioso,
con su trofeo.

¡Exultad, oh, costas! ¡Repicad, oh, campanas!

Pero yo, con paso fúnebre,

camino por la cubierta donde yace mi Capitán,

frío y muerto.

CONCLUSIÓN: APPOMATTOX, HACIA LA RECONCILIACIÓN NACIONAL

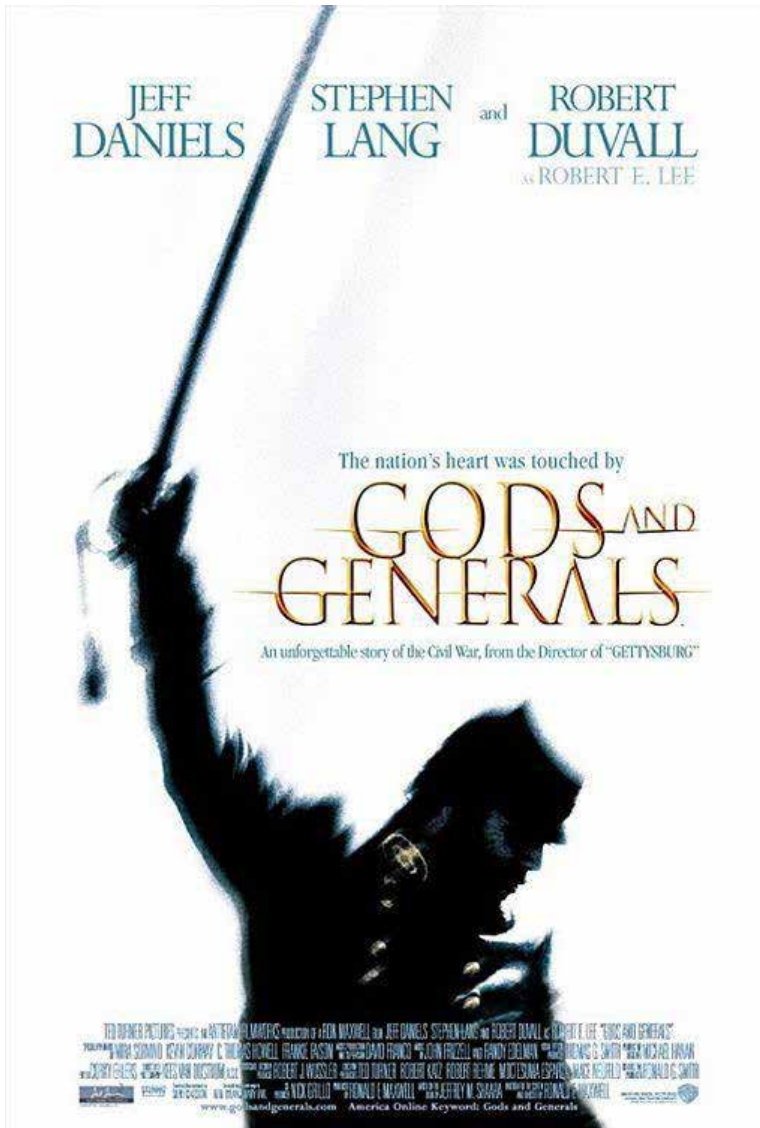


Fig. 12: *Gods and Generals* (*Dioses y generales*), superproducción norteamericana continuadora de la monumental *Gettysburg* y que concluye con una bella reconstrucción de la paz de Appomattox

Appomattox Court House, Virginia, noche del 8 al 9 de abril de 1965, Domingo de Ramos. Dos ejércitos, el unionista del Potomac y el confederado de Virginia del Norte, velan armas separados apenas por un camino rural, las mansas aguas del río Appottomax y las casas del villorrio de igual nombre. Los soldados, azules o grises, asisten a un espectáculo que les inquieta y agrada a partes iguales: sus generales se reúnen en la plaza del pueblo y comparten abrazos, cigarrillos, sonrisas y lágrimas: todos ellos, separados durante cuatro años por una guerra fratricida, habían sido compañeros de promoción en la academia militar de West Point y habían servido junto al general Winfield Scott en la campaña mexicana. Wilcox, general del Sur, oficial adorado por todos sus compañeros -vistan ahora el uniforme que vistan-, es saludado con entusiasmo. En un momento dado, Wilcox, famoso por su elegancia y pulcritud, se desabotona su capote y muestra que, bajo él, sólo lleva la ropa interior: “Amigo Sheridan, esto es por culpa de tus jinetes: desvalijaron mi campamento ¡llevándose armas, munición, las últimas raciones de mi Cuerpo y mis pertenencias personales!” Luego, los dos amigos, momentáneamente enemigos mas de nuevo reunidos, se funden en un abrazo y se preguntan por sus respectivas familias. La escena, digna de los mejores tratados sobre espíritu castrense, termina con un último cigarrillo compartido entre los generales hasta ayer enfrentados y un denso interrogante flotando en la noche estrellada: de resultas de la reunión que ambos comandantes en jefe -Grant y Lee- van a mantener al día siguiente, ¿habrá paz o volverán a atronar los cañones?

El general Robert E. Lee ha sostenido apenas unas horas antes de la escena descrita una reunión con su Estado Mayor ante la crítica situación en la que se encuentran sus fuerzas: completamente rodeadas y acosadas por la caballería de Sheridan, exhaustas y hambrientas, sólo tienen dos opciones: intentar una ruptura hacia el Sur que les acerque a su base de operaciones y les permita enlazar con unos magros refuerzos que aguardan a retaguardia o... capitular. Tras sopesar ambas opciones concienzudamente, Lee llega a una conclusión que partirá el corazón de sus tropas: “There is nothing left me but to go and see General Grant... and I would rather die a thousand deaths” (“No hay nada más que pueda hacer excepto ir y reunirme con el general Grant... aunque preferiría morir mil muertes antes de hacerlo”).

Al día siguiente, 9 de abril de 1865, el general Robert E. Lee, a lomos de su fiel “Lucy Long”, escoltado por varios ayudantes –uno de los cuales porta bandera blanca- y una guardia unionista formada por cortesía antes que por vigilancia, hace su aparición en el camino que conduce al centro de Appomattox: los soldados azules, en medio de un silencio reverencial, le van abriendo camino y descubriéndose ante él en señal de respeto hasta su

llegada a la mansión de Wilbur McLean, donde esperará por poco tiempo al general Ulysses Simpson Grant, quien en breve comparecerá en el lugar convenido. Los rostros de los soldados grises, curtidos en mil batallas, empiezan a llenarse de lágrimas, pero no sueltan de momento sus fusiles ni pliegan sus banderas, que batibondean al viento de la primavera en Virginia. Aunque la rendición política exigida por Washington llevaba el tremendo calificativo de “incondicional”, la realidad de dos generales que han sabido batirse cabalmente al frente de sus ejércitos, se impondrá en la reunión. Los términos de Grant fueron generosos: los soldados de Lee no serían apresados ni perseguidos por traición. Los oficiales podrían conservar sus armas de ordenanza, sus caballos y sus equipajes. Las tropas confederadas entregarían sus fusiles -nadie se los quitaría indecorosamente de las manos- y marcharía cuanto antes a sus hogares, para llegar a tiempo de la cosecha: todo un país, ahora unido por derecho de conquista, había de ser reconstruido. Lee pidió una última concesión a Grant: que se proveyera a su famélico Ejército con unas raciones que aliviaran el hambre, a lo que Grant no solo accedió, sino que ordenó a los oficiales de su Estado Mayor a ejecutar tal orden a la mayor brevedad posible y con carácter prioritario sobre cualquier otra acción.

El Ejército confederado desfiló a continuación ante el Ejército unionista camino de los puntos de reunión acordados: espontáneamente, los soldados de uniforme azul comenzaron a presentar armas a su antiguo enemigo, que a su vez respondía con el mismo gesto: un gesto de respeto de unos americanos a otros americanos, un supremo gesto de cortesía militar entre dos contrincantes que habían dado lo mejor de sí en los campos de batalla y, ahora, coronaban sus esfuerzos y sacrificios con una bella estampa de honor militar. Desde entonces hasta el día 12 de abril, aniversario del ataque confederado a Fort Sumter con que se iniciaba la guerra cuatro años antes, las unidades sudistas serán desarmadas e irán, en formación y con sus oficiales al frente, a sus lugares de origen. El general Grant, en otro gesto gallardo, evitó en todo momento acercarse o cruzar las líneas del enemigo derrotado para evitar una estampa que se pudiera interpretar como el gesto altanero del jefe victorioso paseando entre sus cautivos. Solo cuando la última unidad de su otrora flamante Ejército se hubiera ido y la última bandera confederada hubiera sido plegada entre las lágrimas de los soldados -que la besaban en señal de despedida-, Lee volvería a montar en su caballo para perderse camino de su hogar por un camino polvoriento, respetuosamente escoltado por el jefe de Estado Mayor de Grant y una guardia de honor unionista. Apenas instantes después de que la patriarcal figura del general derrotado se hubiera desvanecido en el horizonte comenzarían los soldados azules a dar vivas para celebrar su victoria, siendo detenidos en su júbilo secamente por

su general, Grant, quien exclamó: “Señores, todos somos americanos. Los confederados son ahora nuestros compatriotas y no queremos exaltaciones a cuenta de su derrota”. Volvió el silencio respetuoso a los campamentos del Ejército del Potomac, despidiendo sus soldados en un último gesto de cortesía y reconocimiento las enseñas capturadas a su leal adversario, que marchaban en un carronato debidamente custodiado por una guardia de honor del general Sheridan a Washington para ser ofrecidas al Secretario de Guerra, Edwin Stanton¹⁶.

Así se construye la paz... Y así lo reflejó Whitman en un magnífico poema que cantaba a la reconciliación, con el que terminamos este ensayo.

A la tierra fecundada que pisaron (*To the Leaven'd Soil They Trod*)

A la tierra fecundada que pisaron invoco con este Último canto
(salgo de la tienda para no volver; aflojo y desato las cuerdas);
al aire fresco de la mañana, ante un horizonte que se extiende a
lo lejos y unos panoramas en los que se ha restaurado la paz,
a los feraces campos emanativos y a los paisajes infinitos allende
esos campos, al Sur y al Norte,
a la tierra fecundada de todo el mundo Occidental, para que dé
testimonio de mis cantos,
a las colinas de los Allegheny y al incansable Misisipí,
a las rocas invoco con este canto, y a todos los árboles de los
bosques,
a las llanuras de los poemas de los héroes, a las praderas que
se extienden a lo lejos,
al mar remote y a los vientos invisibles, y al aire puro e impalpable;
y todos me responden (aunque no con palabras):
la tierra corriente, testigo de la guerra y la paz, asiente en silencio;
la pradera me acerca a su seno, como el padre acerca al hijo a su
pecho acogedor;
el hielo y la lluvia del Norte, que me dieron principio, me alimentan
hasta el fin,
pero mis cantos solo madurarán completamente con el ardiente
sol del Sur.

¹⁶ La mejor descripción de esta honrosa y ejemplar firma de la rendición de un Ejército aparece en el libro de cabecera de los cadetes de West Point: *The Class of 1846. From West Point to Appomattox: Stonewall Jackson, George McClellan and their brothers*, por John C. Waugh en Ballantine Books. También es muy bello el reflejo cinematográfico del acontecimiento en la película *Dioses y generales*, 2013, con un Robert Duvall en estado de gracia haciendo de general Robert E. Lee.

Si entendemos la guerra como el (lamentable) fenómeno humano que viene a resolver por medios violentos lo que no pudo ser solventado por el diálogo o medios pacíficos, convendremos que la Paz resultante de toda contienda debiera ser superior a la preexistente al estallido. La Guerra Civil americana, al parecer, cumplió plenamente este objetivo, pues de resultados de ella surgió una poderosa nación plena de vigor cuya hegemonía -para bien o para mal, con sus luces y con sus sombras- sigue vigente hoy en día. Sea.



Fig. 13: Principios del siglo XX, muro de piedra contra el que chocó la gallarda carga de Pickett, Gettysburg, Pensilvania: dos veteranos de ambos bandos se dan la mano, la reconciliación sellada

The Send-Off

Down the close, darkening lanes they sang their way
 To the siding-shed,
 And lined the train with faces grimly gay.
 Their breasts were stuck all white with wreath and spray
 As men's are, dead.

Dull porters watched them, and a casual tramp
 Stood staring hard,
 Sorry to miss them from the upland camp.
Then, unmoved, signals nodded, and a lamp
 Winked to the guard.

So secretly, like wrongs hushed-up, they went.
 They were not ours:
We never heard to which front these were sent.
Nor there if they yet mock what women meant
 Who gave them flowers.

 Shall they return to beatings of great bells
 In wild trainloads?
 A few, a few, too few for drums and yells,
May creep back, silent, to still village wells
 Up half-known roads.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV.: *The Library of Congress Civil War Desk Reference*. The Library of Congress Publ., Washington, 2015.
- AA.VV.: *The Civil War: A Visual History*. Parragon Books, Nueva York, 2011.
- CALVO PICÓ, general Pedro: *Historia del Arte Militar*. Obra inédita.
- : “El impacto del socialismo, la democracia y el industrialismo en el Arte de la Guerra”. Ensayo inédito.
- CATTON, Bruce: *The Penguin Book of the American Civil War*. Penguin Books, Harmondsworth, 1960.
- FULLER, J.F.C.: *Batallas decisivas del Mundo Occidental y su influencia en la Historia* (3 tomos). Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1961.
- : *La dirección de la guerra*. Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1965.
- HANKINSON, Alan: *Grant limpia el Mississipi: Vicksburg, 1863*. Ediciones del Prado, Madrid, 1994.
- KEEGAN, J.: *Secesión: La Guerra Civil americana*. Turner, Madrid, 2011.
- LIDDELL HART, Basil: *La Estrategia de la Aproximación Indirecta*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1989.
- : *Sherman: Soldier, Realist, American*. Da Capo Press, Cambridge-Massachusetts, 1991.
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich: *La Guerra Civil aux Etats-Unis (1861-1865)*. Union Générale D’Editions, París, 1970.
- POHANKA, Brian C.: *Don Troiani’s Civil War*. Stackpole Books, Pennsylvania, 1995.
- SMITH, C.: *El Norte se impone al Sur: Gettysburg*. RBA, Barcelona, 2011.
- WAUGH, John C.: *The Class of 1846 (From West Point to Appomattox: Stonewall Jackson, George McClellan and their Brothers)*. Ballantine Books, Nueva York, 1999.
- WELSH, Douglas: *The Complete Military History of the Civil War*. Brompton, Greenwich, 1990.
- WHITMAN, Walt: *Hojas de hierba* (traducción de Eduardo Moga). Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014.
- : *Hojas de hierba* (traducción de Jorge Luis Borges). Lumen, Barcelona, 1972.
- : *Fulles d’herba* (traducción de Jaime C. Pons). EDIC1984, Barcelona, 2014.
- : *Leaves of Grass*. Penguin Books, Harmondsworth, 1974.
- : *Días cruciales en América (Diario de la Guerra de Secesión, 1862-1865)*. Valdemar, Madrid, 2001.
- : *Poesía completa* (dos tomos). Ediciones 29, Barcelona, 1972.
- P.S.: Muy recomendables como fuente histórica por su brillante reconstrucción son las dos superporudcciones debidas al director Ronald F. Maxwell: *Gettysburg* (1993) y *Dioses y generales* (2003), ambas basadas en las obras homónimas del novelista Jeffrey M. Shaara.

Adiós, poeta: Busco al poeta que dice, nombra y representa la belleza; el soberano, el que está en el centro; el que anuncia lo nunca profetizado; el único sanador verdadero... el dios que libera



The Trumpet

And, as the trumpet blowing
 Chases the dreams of men,
 As the dawn glowing
 The stars that left unlit
 The land and water,
 Rise up and scatter
 The dew that covers
 The print of last night's lovers—

Scatter it, scatter it!
 While you are listening
 To the clear horn,
 Forget, men, everything
 On this earth newborn,
 Except that it is lovelier
 Than any mysteries.

Open your eyes to the air
 That has washed the eyes of the stars
 Through all the dewy night:
 Up with the light,
 To the old wars;
 Arise, arise!

Recibido: 21/09/2017

Aceptado: 21/06/2018